

hacer con los huesos restantes, pero el Pachá nos sacó del apuro, haciéndonos seña de que los pusiéramos en la mesa dorada. Estos «cretos delicados» de la comida oriental, se quedaron esparcidos por toda la mesa; durante el banquete, ofreciendo un espectáculo nada edificante á los ojos de los convidados.

Después de este ligero episodio, nos trajeron un platon con un pastel esponjado llamado por los turcos «breke». Allí se aprovechó de una feliz ocasion en la que estábamos distraídos, y levantando el centro del pastel, á gran sorpresa nuestra salió volando un pajarito. Nuestro alegre huésped se rió de una manera extraordinaria con esta muestra del ingenio turco. Parece que en Esmirna se considera á estas sorpresas ingeniosas como cosa de buen tono, pues me dijo el Pachá que podía yo relatar esta pequeña anécdota á mis parientes en mi próxima carta.

Como para mejor dar fin á este platillo de un modo placentero, tomó un pedazo del pastel, y con él hizo una especie de pelotilla, la que arrojó con gracia á su espaciosa boca.

Después de esto nos trajeron «ponche á la romana» en unas copas muy elegantes de porcelana francesa ó sajona. Todo lo que tiene de mala esta bebida en Occidente, tiene de refrescante y de

buena en Oriente. Con una rapidez extraordinaria cambiaron los platos, y esta bebida vivificante tambien desapareció demasiado pronto. Esta fué reemplazada por un pescado frito con pasas de Corinto. Dicho, esta mistura no suena bien, pero, en realidad, no estaba tan mala como nos lo figurábamos.

Después de esto, se siguió un «pudding» muy bueno, llamado «kataif», después «patlitsha», un guisado de carne con un «macédoine» de legumbres, cuyo ingrediente principal era una yerba de un gusto muy picante, y que crece por estas cercanías.

Nos servimos de todos estos platos, que tenían mucha salsa, y con ayuda de unos pedazos de pan, los sopeamos. Muchas de esas señoras elegantes de Europa, como tambien esos petimetres de refinada educacion, se estremecerian de horror con este modo tan primitivo de tomar la comida. Solo me permitiré la observacion siguiente: no hay una diferencia muy grande, después de todo, entre comer de un gran platon con unos dedos muy limpios, y en el cual, si los convidados son diestros, no hay necesidad que estén en contacto con los de sus vecinos, y entre una comida de europeos de refinada educacion, que comen con tenedores que han sido ya usados por cientos de

personas. Todo lo hace la costumbre y el capricho.

Nos dijo el gobernador que cuando estuvo en San Petersburgo, encontró que le era difícil comer con el tenedor. Tanto se ríen los turcos de los modos de los incrédulos, como nosotros de los de ellos.

Después del "patlitsha," nos trajeron un buen pescado de mar, frito; á poco unas bolas de arroz fritas, las que se encajan los turcos en la boca, enteras, y con la palma de la mano. Siguióse mas arroz con manzanas del paraíso; después de esto, "halliva" (una especie de jaleatina); en seguida un plato de miel muy dulce y buena; después, otra vez "bomba," es decir, salchichones rellenos de arroz. Este, tal vez, fué el mejor de todos los platillos.

El Pachá nos obligó á tomar de todo, mediante palabras persuasivas. Una vez, el príncipe J. ya sin aliento, deseaba poner término, pero Ali le aseguró al momento que era preciso que un soldado comiera mas de lo que otras gentes.

Suguióse un platon de dulce llamado «lekma»; tenia este un color de esa agua de mar trasparente. Casi empalagaba de lo muy dulce que estaba. Frank-geksi, una empanada blanca compuesta de un picadillo de la pechuga del pollo y almen-

dras, fué lo que se sirvió después. A mí me pareció este plato horrible, pero algunos de los convidados lo alabaron muchísimo. Siguióse un pavo.

Cuando trajeron uno de los platos con la carne, hizo Ali una seña al criado para la que partiera con la mano, y de esta manera se sirvieran los convidados con mayor facilidad. Un modo de obrar muy práctico y terminante.

A esto trajeron un macarroni con queso, al estilo europeo, enteramente; después, un excelente «compota» de melocotones; luego «kabak dolma», una preparacion de calabazas rellenas, (plato que los epicurios europeos hubieran tomado al instante, si no lo hubieran servido inmediatamente después del dulce «compot»). El final de esta comida tan exquisita y tan variada, venia á ser una gran pira de arroz, adornada con pequeñas pasas. Ya que habia desaparecido esa gran serie de platos, se sirvió en elegantes copas un «compot» líquido, llamado «Urehas». Esta bebida, algo fuerte, pero no muy agradable, suple al vino entre los mahometanos. Durante la comida, solo dos veces tocó á mi buena estrella el conseguir una agua buena y fresca.

Esta comida, que habia sido un espectáculo tan interesante para los viajeros, se habia acabado ya. Nos sentámos en el divan verde que es-

aba debajo de la ventana, á donde nos trajeron jabon y agua en unas jarras y lavamanos de «vermeil» hermosísimos, con el objeto de que procediéramos á darnos una buena lavada de manos lo que era del todo necesario; el Pachá (que hasta la cara se habia lavado) parecia como si estuviera rezando en voz baja. Despues de terminada esta ceremonia, nos condujo Ali otra vez al salon gris, á donde nos trajeron las pipas.

Nos divertimos despues con un baile egipcio morisco, el cual mandó el Pachá que se afectuase en el mismo lugar á donde habia fracasado el combate de los camellos.

Los negros tocaron en unos tambores y «cine-lli» una música muy monótona. El baile era peculiar, gracioso y guerrero. Los negros se daban entre sí con unos palos, y pegaban uno saltos como los tigres furiosos.

Un baile nacional viene á ser siempre una cosa interesante, pues demuestra el carácter del país. La «tarantella» está llena de un entusiasmo frenético; el bolero es primoroso, y tiene fuego; la mazurca es ligera y elegante; mientras que en esta danza vimos á esas tribus salvajes y guerreras que bailan en derredor de los cadáveres enemigos ó del leon que han vencido.

Ya que habiamos contemplado este espectácu-

lo por algun tiempo, nos preguntó el Pachá si queriamos ver los cuarteles y las tropas. Aceptamos gustosos esta oferta. Antes de despedirnos, fuimos primero á la alacena que habia en el entablado de madera, abajo de la inscripcion del Sultan. Estaba llena de champagne, higos, uvas y costosas pasas sultanas. Tomé una copa del reluciente néctar frances, y le pregunté al Sultan que si podriamos beber á su salud al estilo europeo, contestó á nuestro brindis, proponiendo uno á la salud de nuestro soberano. Balbutió el nombre del Emperador, segun costumbre turca, con unas cuantas palabras. Despues tomó á nuestra salud, y nos sotres á la del Sultan.

En esta ocasion eché de ver que los turcos, no obstante el Coran, no se abstienen de tomar una copa del reluciente champagne. En favor de esto, alegan que este vino fué descubierto despues de la muerte de Mahoma.

Nos despedimos de nuestro sincero y amable huésped, de quien nos habiamos prendado durante nuestra corta visita, y nos salieron á dejar con las mismas ceremonias con que nos habian recibido. Nos dirigimos á los cuarteles. Estos consistian en un edificio muy amplio, de dos pisos, con una ala en el centro y dos en los costados. Hacia el cuarto costado, está abierto, y una reja circun-

da todo el patio. Se hallan precisamente á orillas del mar, de suerte que el aire que sopla por sus hermosos cuartos, con sus innumerables ventanas, es siempre fresco y puro.

El general encargado del edificio, está á la cabeza de los regimientos. Sin embargo, hoy solo habia un regimiento en el cuartel, el otro estaba en marcha. Cada regimiento tiene dos coroneles, cuatro tenientes-coroneles, dos mayores, y veinticuatro tenientes. El regimiento está dividido en cuatro batallones, el batallón en dos compañías.

El general, que lleva el título de "gobernador militar," nos recibió en la puerta del edificio, que tenia un color rojizo. Entramos á los cuartos del primer piso. Los pasadizos son extraordinariamente altos, anchos, bien ventilados, y sumamente aseados. Los cuartos son grandes y cómodos. Hay de cuarenta á sesenta hombres en cada piso. Cada individuo tiene un colchón ralo, una almohada pequeña, y una sábana; todo de un color oscuro. El tren de cama puede empacarse en su mochila. Los soldados se acuestan en el suelo, cerca los unos de los otros. Su traje consiste en un fez colorado aplastado, una chaqueta azul, y un pantalón de género blanco. Usan zapatos negros cuando salen fuera del cuartel, pero dentro de él andan descalzos, lo que conduce mucho al aseo

Sus tirantes son de cuero blanco, sus cartucheras bastante grandes; sus armas de fuego son largas, con las culatas color de chocolate; sus mochilas son angostas y altas, y están cubiertas con un cuero de un color castaño.

No podia mostrar suficientemente mi admiración al gobernador, y le aseguré que aun en Europa podia servir de ejemplo el aseo de su cuartel, un cumplimiento que pareció halagar considerablemente al comandante.

A esto, nos condujeron a una especie de balcón, que contenia una sala de recepcion, en medio de la ala céntrica en el primer piso. Desde aquí nos suplicaron que observásemos las evoluciones del regimiento. Aseguramos á estos señores, sin embargo, que en vez de estar reclinados en los suaves cojines del diván, preferiríamos ir abajo para admirar á las tropas mas cerca. Esta atención agradó á los turcos en extremo, y esto lo supe mas tarde, en una carta de Constantinopla. No están acostumbrados á una inspeccion tan de cerca por parte del Sultán. Por consiguiente, en cada cuartel se arregla un soberbio aposento en el segundo piso, para su Magestad Otomana. Desde allí puede contemplar á los creyentes hijos de Mahoma como de entre una nube; es decir, solo con el cuerpo se le vé asitiendo á estos espetáculos guerra

ros, pues el espíritu melancólico del joven príncipe no le encuentra gusto á semejantes cosas. Prefiere entregarse al goce de sus pipas, y mas le importa el ejército de sus setecientas esposas, que los defensores de su patria. De suerte que aunque el intérprete me dijo con bastante inteligencia, "Cette chambre est réservée pour le grand Sultan, puisque les soldats son ses enfants, et le père doit toujours loger parmi ses enfants," esto hubiera sonado bonito á no haber sido una simple forma de discurso.

El rejimiento estaba formado en el gran patio. Todos los oficiales estaban á pié: creo que solo el general tenia caballo. Los cuatro batallones se formaron en línea y comenzaron un corto ejercicio de fuego. Al principio, cada batallon descargaba por turno, durante lo cual la primera fila se incaba al estilo antiguo; de suerte que tres filas padian hacer fuego al mismo tiempo; despues se siguió una descarga de todo el frente de fuego granado, y la formacion de un cuadro entero. Hacian fuego muy bien: la descarga era lo mismo que una solo tiro, y la carga de las armas se hacia con una prontitud maravillosa. Las evoluciones restantes no estaban bien ejecutadas. Aun todavía las hacen al sistema antiguo. El desfile fué en extremo malo; estaba dirigido por un eniente negro y de elevado talle.

Entre tanto, tocaba la banda de un modo singular y desordenado. Una vez se esforzó en tocar algo de la "Martha de Flotow," pero hizo un fiasco completo. Las palabras de mando turcas, dadas en el idioma natal, suenan muy altas é imponentes, y son obedecidas por las tropas con mucha prontitud.

El tipo característico de un pueblo, nunca se ve tan ventajosamente como en la division de un ejército. A donde todos están vestidos iguales, y todos son de la misma estatura, la semejanza de las facciones viene á ser evidentemente remarcable. Compónese el tipo turco de una frente bastante corta é inclinada hácia atrás, en unas cejas hermosamente arqueadas sobre unos ojos penetrantes y ovalados; una nariz larga y algo aguilena; la boca indiferente; gruesos los labios inferiores; la barba larga y ovalada. Tienen la tez de un color acitunado. La tropa usa solo bigote, pues, como he dicho antes, toda la barba ha sido prohibida por estar fuertemente asociada con la tiranía de los genizaros.

Despues del desfile de las tropas, hicimos presente nuestra admiracion al general: le dimos las gracias y salimos del cuartel. Parece que los turcos han sabido aprovecharse de la experiencia que han ganado en la revolucion; pues el palacio

del gobernador está cerca de los cuarteles. Si la monarquía turca es débil y podrida en su esencia, esta debilidad no es causada por la revolución. La caída de un antiguo coloso, que una vez fué tan poderoso, no es mas deplorable que la terrible debilidad de los estados cristianos de la Europa, los que, odiando las revoluciones, con gusto les pondrían término; pero con debilidad infantil, se alejan de los medios, y solo se aventuran á darles en la oscuridad puñaladas ocultas.

La religion es lo que mantiene unido á este reino. Una vez enterrado Mahoma, su "creciente" no iluminará á los paises mas hermosos y ricos de la tierra. Si la Turquía tiene que ser subyugada, su religion tiene que ser arrancada de raíz. Si las naciones europeas tienen que ser derrocadas, la cruz tiene que ser destruida.

Durante la mañana habia estado el mar muy alborotado. Por lo tanto, propúsose que regresásemos al consulado por la ciudad, y en los caballos que nos habia mandado el Pachá. No aceptamos la oferta, porque no nos alagaba la idea de trasformarnos en espectáculo para todo Esmirna en estos corceles magnificamente ornados. El otro modo de regresar era á pié, por esos paises desiguales, con ese calor viviano y de todo uniforme. Sin embargo, yo, que adoro el turbulento

mar, y me vanboleo con gusto en las poderosas olas, me decidí á regresar en el bote de Ali. Me prometí gran placer en esta travesía encantadora, por entre esa mágica bahía de Esmirna. Siguió mi ejemplo mi hermano, el conde G., el consul general, y el intérprete. A los demas, parece que no les alagaba la idea de las olas que se alzan y se hunden; prefirieron valverse á pié con todas las molestias.

Partimos récio de la playa, y me regocijé de mi eleccion. Navegábamos violentamente con la fresca brisa del mar, pasamos valles y montañas, observando las escenas alegres que habia en la bahía. El toldo colorado que tenia el bote, nos cubria de los ardientes rayos del sol, y podiamos contemplar descansadamente el magnífico panorama de la ciudad.

Habiamos estado descansando por algun tiempo en los sofás del consulado, sumerjidos en los felices recuerdos de esa mañana tan alegre y tan llena de incidentes, ántes de que llegasen nuestros amigos, medio muertos de cansancio y de calor. Les compadécimos por su larga y penosa caminata por esos paises desiguales, especialmente despues de la abundante comida que habian tomado. Interiormente me reia, y pensaba que las danzantes ondas eran preferibles al áspero camino.